bian de levantar en el curso de los siglos su cabeza venenosa. ¿Qué maestro pudo enseñárselo sino el don de entendimiento, que recibió cuando fué llena del Espíritu Santo?

Observemos como agitada y enajenada por los movimientos de aquel divino Espíritu, no se espresa mas que con esclamaciones y transportes de alegría. ¿Venir á mí la Madre del Dios que adoro? ¿De dónde á mí tan inmenso beneficio? Yo no soy mas que la madre del siervo; y hé aquí que la Madre del supremo Monarca viene á visitarme. ¡Oh caridad incomparable! ¡Oh humildad de la Madre y del Hijo de Dios, que tan bondadosos se muestran con su indigna sierva! ¡Oh casa mil y mil veces venturosa, que recibiste del cielo tan sobrehumanos favores! ¡Oh adorable Providencia! ¿de dónde me ha venido este favor insigne? ¿Quién me ha traido este bien incomparable?

Para colmo de gloria quiso el Señor que al nacer fuese recibido Juan Bautista en brazos de María, que permaneció tres meses en compañía de su prima Isabel, esperando el tiempo de su alumbramiento para servirla y asistirla como amorosa y caritativa prima y no solo para consuelo de la madre, sino muy particularmente para que el infante precursor fuese aumentando de dia en dia el tesoro de la gracia, teniendo en su casa el manantial de todo bien.

Este fuego de la caridad y este abismo de la humildad de María no solo han de admirarnos, sino tambien ser el tipo y modelo de nuestra conducta, á fin de que cuando comparezcamos en el juicio del Señor no clamen contra nosotros condenando nuestra altivez á una eternidad de abatimiento, y la dureza de nuestros corazones á ser el blanco perdurable del furor omnipotente.

Aprendamos tambien las reglas de una buena y santa conversacion, que en este misterio nos enseña nuestra benigna Madre. Vemos que no deja la soledad de su casa para ir á perder tiempo de una parte á otra. Si nos es preciso visitar, debemos á ejemplo suyo esmerarnos en escoger las conversaciones. No hay duda en que no siempre es posible evitar el encontrarse con personas depravadas, cuyo trato sea perjudicial sobremanera; pero en todo caso está en nuestra mano el evitar una conversacion muy familiar con esa especie de gentes: cuando el encuentro es casual y pasajero no puede hacer en poco tiempo impresiones duraderas; mas cuando la conversacion es deliberada, debe ser con pocas personas, y estas muy escogidas, una entre mil.

Cuando elijamos á alguno para conversar con él familiarmente, tomemos un maestro que nos instruya y un modelo digno de imitacion, porque sin advertirlo nos irémos revistiendo de su espíritu. ¡Ay del que ha escogido mal! La compañía de los pecadores es mas nociva á la vida del alma que la de los apestados á la del cuerpo. Mas prontamente nos hacemos perversos con los perversos que santos con los santos. Considerémos de qué modo se porta la Reina de los ángeles en su visita: figurémonos hallarnos presentes al encuentro, al saludo, al gozo recíproco de Isabel y María: escuchémoslas: no hablan del proceder ajeno para criticarlo: nada de noticias, que solo sirven para satisfacer la curiosidad: nada de negocios del siglo, que distraen y disipan: nada de cosas terrenas, que inclinan el espíritu á la tierra: hablan sus labios de la abundancia de sus corazones, y teniéndolos llenos únicamente de Dios, su conversacion es del cielo y sus discursos de Dios.

CAPÍTULO XVIII.

Siglos antes del parto de la Madre-vírgen, dijo Isaías que una vírgen concebiria un hijo y le llamaria Emanuel: esto es, Dios con nosotros. El Altísimo pues nos asegura que

una vírgen debe concebirle y darle á luz permaneciendo vírgen. En seguida el mismo profeta como fuera de sí, en vista del prodigio que anteveia, esclama: «¿quién contará su generacion?» ¿Puede darse cosa mas espresa para enseñarnos que una vírgen debia ser madre de un niño, que concebiria y daria á luz quedando vírgen, y que esta generacion seria admirable é incomprensible á todo entendimiento criado?

Jeremías dice en el capítulo III: *Creavit Dominus novum super terram; fœmina circumdavit virum.* Oid mortales: Dios hará un nuevo prodigio sobre la tierra: una mujer llevará á un hombre en su seno; no será un niño pequeño (pues esto nada tendria de nuevo), sino un hombre perfecto. ¿Y de quién podrá entenderse sino tan solo del Hijo de María? Hombre perfecto desde el instante de su concepcion, tan lleno de sabiduría y santidad aun encerrado en el seno de su Madre como lo estuvo enseñando en las ciudades: *Neque minus sapientiæ habuit latens in utero, quam docens in populo.* (San Bernard. hom. *super Missus*). No será por haberle concebido por obra de otro hombre, lo que vendria á ser una generacion ordinaria, sino una obra de creacion, en la cual solo Dios emplea su omnipotencia. *Creavit Dominus;* pero para que no se entendiese que Dios únicamente tenia parte en ella, usa el profeta de la palabra *mujer*. Llámala pues mujer para asegurarnos que es madre y no para negar que es vírgen; y este es el nuevo prodigio nunca visto que sea madre y vírgen.

Ezequiel bajo la metáfora de un templo nos reveló los secretos del Verbo encarnado, siendo uno de los mas admirables que su madre haya quedado vírgen: dice que el ángel del Señor le condujo á la puerta oriental del santuario y la halló cerrada, y el ángel le dijo: «Esta puerta permanecerá cerrada y no se abrirá; y el hombre no pasará por ella, porque ha pasado el Señor, Dios de Israel; estará siempre cerrada aun para el príncipe.» Los santos Padres y todos los doctores católicos que se han dedicado á esclarecer la oscuridad de esta profecía, nos enseñan que el santuario es la Santísima Vírgen, por ser ella el tabernáculo donde estuvo la

verdadera Arca de la alianza, que es el Verbo encarnado; por la puerta oriental, entienden su nacimiento temporal y por aquella puerta del santuario, cerrada perpétuamente, la integridad de su Madre.

En términos mas enérgicos pregunta San Agustin: ¿qué significa «que la puerta del santuario está siempre cerrada,» sino que María permaneceria perpétuamente vírgen? ¿Qué significan aquellas palabras: «El hombre no pasará por esta puerta,» sino que su esposo José jamás violó su integridad virginal? ¿Qué significan aquellas palabras: «Solo el Señor ha pasado por esta puerta,» sino que la hizo fecunda el Espíritu Santo con su operacion divina? ¿Y qué significan estas otras: «Estará siempre cerrada aun para el príncipe,» sino que María es siempre vírgen, antes del parto, en el parto y despues del parto?

Piensa el sublime Areopagita que un esceso de amor hizo entrar en un éstasis á Dios. *Propter amatoriam suæ bonitatis magnitudinem extra se factus est:* por amarnos escesivamente se dejó caer en nuestros brazos; y San Pablo dice que se anonadó. Por otra parte, San Gregorio magno escribe que un esceso de gracias y merecimientos sacó fuera de sí á la Santísima Vírgen, y la encumbró, y como que la arrebató hasta el seno de Dios Padre, para tomar allí á su único Hijo y hacerle suyo: *Maria ut ad conceptionem æterni Verbi pertingeret, meritorium verticem usque ad solium Deitatis erexit.* (Gregor. lib. 1 in reg.) En todas partes vemos juntas la virginidad y la fecundidad: el Padre, la Madre, el Hijo: el Padre es fecundo, pero es vírgen; el Hijo es fecundo, no para producir otro hijo, sino para producir con Dios su Padre al Espíritu Santo; pero es vírgen como su Padre, de manera que se afirma con sólido fundamento que María es digna madre de Dios, porque es vírgen; y porque es madre de Dios, es menester que sea una madre siempre vírgen.

Síguese de aquí que no hubo en ella nada de lo que es propio de las otras madres. Concibió á su Hijo divino sin el mas mínimo deleite de los sentidos, sin la mas leve injuria de su virginal pureza: llevóle en su castísimo seno sin peso,

ni incomodidad de ningun género : le formó y alimentó de su propia sustancia sin el mas mínimo menoscabo de su perfecta pureza : finalmente, le dió á luz en el establo de Belen, sin el mas mínimo dolor, sin la mas leve lesion de su virginal integridad, sin ningun auxilio ajeno, sin ningun esfuerzo, porque era una madre siempre vírgen, antes del parto, en el parto y despues del parto.

De aquí se deduce que no habiéndola ayudado criatura alguna á producirnos al Salvador, ella sola nos ha dado mas que todos los hombres y ángeles juntos, y por consiguiente estamos obligados á honrarla, amarla y servirla mas, mucho mas que á todos los ángeles y santos.

Si tenemos un Dios salvador, no lo debemos ni á los ángeles ni á los hombres. ¿Pues á quién? Al Padre que nos le produce en la eternidad, y á la Madre-Vírgen, que nos le produce en el tiempo. Meditemos sobre el precio infinito de este don, y verémos que no bastarian todos los instantes de nuestra vida, ni toda la eternidad para agradecerles debidamente tan inestimable beneficio, aun cuando poseyéramos los corazones de todos los demás hombres y los celestiales ardores de los espíritus angélicos. ¡Oh María! ¡Oh Madre amabilísima! ¡Cómo no tienen todos los cristianos un corazon de ternura para con vos!

¿Y por qué se nos ha de motejar, si algunas veces sentimos para con la Santísima Vírgen una devocion mas sensible que la que al mismo Dios profesamos? ¿Por qué se nos ha de condenar como indiscretos, si recurrimos á ella con mas frecuencia que á Dios? ¿A quién le causa novedad y mucho menos sorpresa ver arrojarse á los niños pequeñuelos en el regazo de sus madres, cuando el hambre ó alguna dolencia los aqueja? ¿Nó es su ordinario refugio el seno de sus madres? ¿Y son por esto dignos de reprension? ¿Se ha de decirles, sois unos indiscretos? ¿Por qué no correis mas bien al seno de vuestros padres? ¿Ignorais que principalmente dependeis de ellos, que ellos son los dueños de los bienes de la casa, y los que han de labrar vuestra felicidad?

Lo sabemos, podrian responder, sabemos que todo lo debemos á nuestros padres, de ellos lo esperamos todo; y son los que mas respetamos y amamos; pero no nos priveis del consuelo que hallamos en el seno de nuestras madres : á lanzarnos en su regazo, nos sentimos suavísimamente arrebatados por el iman irresistible de su esquisita dulzura y de su amor entrañable : por otra parte sabemos que á nuestros padres gusta mucho vernos enloquecidos de alegría en el seno de nuestras madres, acariciarlas y besarlas y hacerles mil fiestas bulliciosas, y por ello nos acarician y nos regalan, y nos dán dulces besos enajenados de gozo nuestros queridos padres.

En el momento en que el ángel anunció á María que iba á ser madre, esta sorprendente palabra la turbó hasta el punto de hacerla esclamar : ¿cómo podrá ser esto si jamás he tenido ni tendré nunca comercio con ningun hombre? ¿Seré madre por mí misma sin el concurso de otra persona? No, le dice el ángel; pero el Espíritu Santo suplirá á todo y os dará la virtud necesaria para ser madre, permaneciendo vírgen, y el hijo que produciréis será el Hijo de Dios : *Spiritus Sanctus superveniet in te... et quod nascetur ex te, vocabitur Filius Dei.*

El Espíritu Santo dió á la mas pura sangre de la Santísima Vírgen una virtud divina, que naturalmente no tenia, y por ella vino María á ser el Padre y la Madre de su único Hijo, y por esta misma virtud maravillosa el adorable cuerpo de su Niño en un momento se formó, se organizó, se animó y unió personalmente al divino Verbo, sin esperar el tiempo que la naturaleza exige en las otras madres. Y ved aquí en lo que se diferencia de estas al concebir y formar perfectamente á su santísimo Hijo.

Dirá el impío que esta es una maravilla sin ejemplo, un misterio incomprensible al entendimiento humano. Y responderémos que si este prodigio no fuese incomprensible al entendimiento humano, no seria un prodigio reservado á la sola virtud del omnipotente brazo del Escelso : que es justo confesar que Dios puede hacer prodigios, que no podamos comprender : que el mismo poder divino que en el principio dió á la tierra virtud para producir yerbas, plantas y frutos

en tan infinito número, tan diferentes y deliciosas sin haber recibido semilla alguna, pudo igualmente dar al virginal cuerpo de María virtud para producir un Hijo lleno de gracias y santidad con solo el fuego purísimo del Espíritu divino. En efecto, el ángel no dió á la Santísima Vírgen para asegurarle de la verdad de cuanto le decia, mas razon que la omnipotencia divina : *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum.*

«Parirás con dolor, dijo Dios á Eva y á todas sus descendientes.» Solo la Madre admirable, la bendita entre todas las mujeres, la madre vírgen, la Madre de Dios es la única exenta del rigor de aquella ley, y en esto principalmente se diferencia de las otras madres. Todas las demás tienen el alma manchada con la culpa original, y por tanto están condenadas á parir con dolor, creyendo Santo Tomás que si hubiese durado el estado de la inocencia, todas las madres hubieran parido sin dolor. Era pues justo que María pariese sin dolor, puesto que en ella no habia ni sombra de original pecado. Todas las otras madres dán á luz niños pecadores, y por solo esto son muy dignas de padecer los dolores del parto; pero la Santísima Vírgen es la única madre que vé nacer de sus inmaculadas entrañas al Santo de los Santos, al universal remedio de todas nuestras dolencias y miserias, á la inexhausta fuente de todo bien en el tiempo y en la eternidad, y es por lo mismo merecedora de inefable delicia y regocijo inmenso en el acto sublime de darnos vestido de su carne al que viste á los astros de ardientes resplandores.

Inundábala un océano de alegría al considerar que entre todas las criaturas que han existido y existirán en las edades venideras, ella sola era la escogida para dar á los hombres el tesoro infinito, la felicidad del universo, el deseo de todos los siglos y la esperanza de todos los mortales. Es verdad que por otra parte no podria menos de contristarla ver á su Dios recien nacido llorando y tiritando de frio á media noche y en un establo; pero se le agolparian al mismo tiempo muchas y poderosas consideraciones, que mitigasen su pena. Aquel crudo invierno, aquella estremada pobreza, aquella noche,

aquella hora, aquel pesebre, aquel desamparo, estaban escogidos por la sabiduría de su Hijo, y eran de su mayor gusto. Abrazábalos pues con todo su corazon, complacíase en ellos y se embebecia y deleitaba en unir estrechamente su inflamada voluntad con la de Dios; union, que enagenándola y absorviéndola toda, la hacia como insensible al frio y demás incomodidades de aquella noche tan llena de asombrosos misterios.

Veia á su Niño infinitamente contento, por lo cual ella tambien lo estaba y le diria : Hijo mio, adorado hijo mio, veo tu profundo anonadamiento; pero me complazco en verle, porque sé que es la fuente de la escelsa gloria que ha de coronarte como á Salvador del humano linaje, porque sé que te place mas que si te rodeasen todas las grandezas mundanas.

¡Oh alegría de los ángeles! Te veo llorando y temblando de frio; pero me consuelo, porque sé que estas lágrimas han de lavar los pecados del mundo. Porque sé que este frio, esta pobreza y todo cuanto padeces por las culpas del hombre, te agrada tanto, cuanto te desagradan los placeres de los sentidos y las vanas alegrías del siglo. Te veo reducido á la indigencia, ó supremo Rey del mundo; pero me alegro de ello; porque sé que esta absoluta pobreza es el correctivo de la avaricia de los hombres, y te lisonjea mas que toda la abundancia de los bienes terrenos.

Si la amargura misma le es dulce, y lo que habia de ser causa de tristeza le es causa de alegría, ¡cuál seria el purísimo regocijo de su pecho al ver que Dios la habia escogido, prefiriéndola á todas sus criaturas, para hacerla entrar en el consejo de su eternidad y darle una parte tan principal en la mayor de sus obras!

Veíase constituida plenipotenciaria universal, no solo de todos los séres creados, sino del Criador mismo, para tratar la paz del mundo que el pecado habia roto y Dios queria restablecer. Veia que su castísimo seno, en el cual Dios y el hombre se unian tan cordial é íntimamente que formaban una sola y una misma persona, era el palacio augusto de

esta paz, y que los ojos de todos los séres estaban fijos en ella, esperando ver la felicidad universal que habia de dar al mundo.

«Venid, criaturas, mirad vos mismo, ó Criador omnipotente, ved el milagro de los milagros que ha de hacer el éstasis y el alborozo de la eternidad. Venid, Trinidad sacrosanta. ¡Oh Padre, hé aquí á vuestro único Hijo que me habeis dado para darlo yo al mundo, pues le amais hasta darle á vuestro único Hijo! Adorable Hijo, héos aquí en persona, que todo os habeis entregado á mí para que yo os diese al mundo, pues le amais hasta daros á él enteramente, hasta anonadaros y sacrificaros por él! ¡Espíritu Santo, hé aquí vuestro eterno principio y vuestra obra temporal: él os produce ante todos los siglos en el seno de su Padre, y vos le habeis formado en medio de los tiempos en el seno de su madre!

»Venid, ángeles del cielo, hé aquí á vuestro Criador, á vuestro supremo Señor, á vuestro Dios, al reparador de vuestras ruinas, á la fuente de todo vuestro júbilo.

»Venid, hijos de Adan, hé aquí al omnipotente Criador que os hizo á su semejanza, hélo aquí ahora formado á la vuestra: hé aquí á vuestro hermano, pues es hijo de vuestra madre y de la misma naturaleza que vosotros, pero sobre todo hé aquí á vuestro Redentor, que viene á libraros de la muerte eterna con su muerte y á daros su vida eterna á costa de su sangre.

»Venid, siglos pasados, venid á ver al que solicitaron vuestros suspiros, pidieron vuestros patriarcas, preconizaron tantas veces vuestros profetas, de mil maneras diversas representaron vuestras figuras, y vuestros padres esperaron. Hé aquí cumplidos todos vuestros deseos y realizadas vuestras esperanzas. Venid, siglos futuros, he aquí la fuente de la salud y de la vida; venid y bebed la gracia, la virtud y la santidad; venid y bebed la eterna vida! Ven, tú misma, ó eternidad, eternidad venturosa: hé aquí el tesoro de donde has de sacar los bienes infinitos, que distribuirás á todos los santos por los siglos de los siglos en las mansiones de la gloria.» Ahora

pues, viendo esto la que es causa de nuestra alegría, como la llama la Iglesia, y que á ella tienden todos los séres las manos, y que ella los colma á todos de bendiciones de consuelo y de gloria, ¡qué júbilo inefable no sentiria rebosar en su pecho en la hora dichosa de su alumbramiento divino! Cierto que no podia diferenciarse mas de las otras madres, que al llegarles aquella hora de angustia se llenan de tristeza, de afliccion y dolores.

CAPÍTULO XIX.

El que Jesus saliese del seno de su Madre sin la mas mínima lesion de su virginal integridad, es un milagro, pero no lo es tan estraordinario que no se hallen en la Escritura otros que se le parezcan. El mismo Jesucristo, no ya pequeñito como al nacer, sino con la estatura de hombre perfectísimo, salió del sepulcro cerrado y sellado, y pocos dias despues entró sin abrir puerta ni ventana en el cenáculo, donde estaban encerrados los Apóstoles. Del mismo modo salió del seno de su Madre-vírgen, dejándola siempre vírgen.

Santa Brígida en sus *Revelaciones* dice que Nuestra Señora se dignó manifestarle lo que pasó en su divino parto. El corazon de María se iba inflamando en un deseo ardentísimo de ver su escondido tesoro á medida que se aproximaba al término de su preñez milagrosa: llegado aquel momento, elevóse su alma á tan sublime grado de contemplacion que le parecia estar arrebatada á la alteza de los consejos divinos. (Algunos santos Padres aseguran que en aquellos instantes de